

Cervantes, la Camacha y Montilla

I

Montilla es hoy una ciudad andaluza que se ufana con el tráfago de sus lagares y el áureo zumo de sus bodegas. En el siglo XVI era una altanera villa feudal sometida al arbitrio del marqués de Priego. Fernando el Católico reduce su soberbia ordenando demoler el castillo en que había sido preso uno de sus alcaldes pesquisadores. Perdida la gallardía de su alcázar, la villa en que había nacido el Gran Capitán se vuelve una colmena laboriosa de viñateros y hortelanos, en los que asoma el sentimiento burgués.

Es legítimo orgullo para las ciudades de España comprobar la hora astral en que el autor del «Quijote» pasó por ellas, recogiendo a veces víveres, a veces amarguras y siempre alguna honda enseñanza humana para sus obras cimeras. Cervantes ambuló por Andalucía, según sus biógrafos, desde 1587 para el acopio y provisión de víveres destinados a las armadas del Rey. Los biógrafos cervantinos citan su paso por las diversas villas de Sevilla, Córdoba, Jaén y Málaga. Pero eluden, por lo general, la cita de Montilla, no obstante la jugosa alusión de Cervantes a ella en el «Coloquio de los perros». Un erudito sevillano, Jose María Asensio y Toledo, desentrañó esta etapa de la vida de Cervantes extrayéndola de los protocolos de esta ciudad. Asensio encontró, en las cuentas presentadas por Cervantes, la referencia a una carta de pago otorgada por éste en Montilla, en una fecha anterior a mayo de 1592. Los más doctos biógrafos la aceptaron así. Rodríguez Marín, a base de la documentación de Asensio, la fija en julio de 1592. Miguel Herrero García, en su animada «Vida de Cervantes», la retrae a mediados de abril, y el ilustre erudito don Luis Astrana Marín no ha publicado aún esta parte de su memorable reconstrucción cervantina. Pero las huellas ilustres se entrecruzan en el siglo XVI y, buscando al Inca Garcilaso en su retiro andaluz, llevado de la mano por Andrés de Mesa, perulero, que reclamaba en 1593 unas fanegas de trigo que le quitaron en 1591, me dí

de manos a boca, en los roídos y dispersos registros de Andrés Capote, con la figura y la firma de don Miguel de Cervantes.

Montilla estaba fatigada de tributos, donativos y comisiones reales. En 1587 quiso ya rechazar la entrada a la villa a un juez de Comisión que había realizado vejaciones en Córdoba, y el Concejo de la ciudad nombró, para suplicar al Rey no entrase en la villa el comisionado, precisamente al Capitán Garcilaso de la Vega. Acaso por esto, Cervantes no recurre al Cabildo, en cuyas actas entiendo que no figura, sino que se reúne amistosa y sencillamente con los vecinos y les gana con llaneza el corazón y la dádiva. El primer acto de presencia de Cervantes en Montilla es el 2 de diciembre de 1591. Encargado de «la saca del pan, trigo, cebada, garbanzos y habas» para las galeras de España, por comisión de Pedro de Isunza, proveedor de Su Majestad, Cervantes encuentra un fiador confiado y amistoso, al que tratará acaso jovialmente a las puertas de la iglesia de Santiago, en el mesón de la Camacha o en el patio del Hospital de San Juan de Dios, donde más tarde hiciera sus acrobacias el perro «Berganza» y oyera pronunciar por primera vez el nombre de la hechicera Camacha. Bartolomé Sánchez Cardador, vecino laborioso de Montilla, que no sabe escribir, fía ante el notario, por 300 ducados, al futuro autor del «Quijote», haciendo de la suya deuda propia.

El 3 de diciembre de 1591, Cervantes se reúne con los vecinos de Montilla don Luis Manrique de Soriel, Alonso García el Rubio, Benito de Luque, Bartolomé Ruiz Jiménez, Bernabé García Bermejo, Juan Gómez Galeote, Bartolomé Ruiz Povedano, Alonso Ruiz Panadero y Andrés García el Prieto, a nombre de los demás vecinos, para dar a Cervantes todas las facilidades para la saca del pan, trigo, cebada, garbanzos y habas y convienen en entregarle 300 fanegas de trigo y 70 fanegas de cebada «de buen pan nuevo, seco, limpio y enjuto», el que sería puesto, al cabo de veinte días, en la casa que se señalare, a disposición de Cervantes. Este acepta la entrega, y la farragosa jerga leguleya del escribano y declara: «y estando presente yo el dicho miguel de cervantes y saabedra comisario de su magestad azeto esta escritura y la recibo en mi favor», y firma luego, con letra fácil, llana y desprevenida.

Cervantes, llegó, pues, a Montilla, en los primeros días de diciembre de 1591, o poco antes, y debió quedarse hasta mediados de 1592 en aquella villa y sus proximidades. Cervantes llega a Montilla cuando el Inca Garcilaso se va. Este se aleja precisamente en noviembre

de 1591, cuando vende su casa y se traslada a Córdoba. No coincidían sus derroteros ni su constelación. Un sino clarísimo apartaba a Cervantes de las Indias; como que el «Quijote» vive de espaldas a América y es acaso una sátira benévola del conquistador de islas o Indias, y un fatum de humildad y de tristeza pesó siempre sobre los hombros del Inca, «indio antártico» y español a medias, que se apartó esquivamente de la gloria y de sus contemporáneos famosos y se evadió, al final, de España en la evocación de los Incas de los «Comentarios Reales». En uno de los índices del destrozado archivo de Andrés Capote, aparece que Cervantes dió un poder a Nicolás Benito, ya iniciado el año 1592.

Pero las consejas dicen más que los documentos notariales. Y la estancia de Cervantes en Montilla está, sobre todo, perennizada en el «Coloquio de los perros», por el retrato y la historia de la hechicera Camacha, de la que muy en breve nos ocuparemos.

II

El «Coloquio» por el desenfado autobiográfico y el desfile de amos del perro «Berganza» que en él trajinan—jiferos, pastores, gitanos, moriscos, poetas y comediantes—es una novela picaresca sin-copada. «Berganza», cínico, charlatán, adulador, maldiciente y entrometido, tiene alma de criado o de lazarillo, en tanto que «Cipión», discreto, razonador, lacónico y moralista, tiene decoro y cortesía de hidalgo. De entre las escorias de mataderos, tenerías, tahonas y zahurdas, de relatos oídos a la luz dudosa del candil, surge la figura perdurable de la Camacha. Cervantes, por boca del perro «Berganza», nos asegura que ella fué la más famosa hechicera que hubo en el mundo y que las Eritos, las Circes, las Medeas no la igualaron. La Camacha congelaba las nubes, remediaba a las doncellas, cubría a las viudas, descasaba a las casadas, hacía nacer berros en una artesa y ver a los muertos en un espejo. Pero el arte más consumado de la Camacha y aquel que le envidiaron sus propias discípulas fué el de la «lycantropía»; que según el avezado dictamen de González Amézua es de convertir a los seres humanos en animales. La Camacha se hizo famosa haciéndose servir seis años por un sacristán en forma de asno y convirtiendo en perros a los hijos de la Montiel, al servirle de comadre en el alumbramiento. Un relato de noticias curiosas de Córdoba, exhumado por Menéndez y Pelayo, quien dice

que la Camacha, que fué «tan poderosa como las hechiceras de Tesalia» y que «nadie la igualó para hechicería con intento de amores», refiere, como suceso verídico, que la Camacha, para servir los deseos de una señora principal, atrajo a su jardín a don Alonso de Aguilar y lo convirtió en caballo. La dama se espantó al verle entrar en esta forma, y tanto la Camacha como el apuesto galán fueron a parar a las cárceles de la Inquisición de Córdoba.

Los cervantistas han rastreado la huella real de la Camacha buscando el lazo invisible entre la verdad y la ficción. Rodríguez Marín y González Amezúa han dedicado sendos volúmenes a ediciones críticas de «El casamiento engañoso» y del «Coloquio de los perros». Rodríguez Marín cede en este punto el cetro cervantino a Amezúa por su edición crítica del «Coloquio de los perros», premiada unánimemente por la Academia Española en 1912. Amezúa, ilustrado en viejos martillos de hechiceras, considera, por los datos de Cervantes, que la Camacha fué hechicera y no bruja, o sea que, aunque entregada a prácticas supersticiosas y mágicas, particularmente al celestinaje y los ensalmos, no tuvo, como las brujas, deleites y desenfrenos báquicos con el demonio. Se creía, hasta entonces, que Cervantes había bebido sus copiosas noticias sobre hechicería, que revela el relato de la Camacha, en la «Celestina» y en las noticias proporcionadas por el auto de Logroño de 1610. Amezúa reivindicó el valor de la leyenda popular en las creaciones cervantinas. «Hay que ir, pues, directamente al pueblo, dijo, para buscar la verdadera fuente del pasaje de «Camacha» A través de eruditos cordobeses, Amezúa logró dar con la huella vital de la Camacha en una escritura otorgada en Córdoba el 3 de enero de 1573, por Leonor Rodríguez, la Camacha, mujer que fué de Antón Gómez Bonilla, en que ésta compra unas piezas de paño escarlata. Amezúa presintió que eran dos las Camachas y que el nombre le venía por haber estado casada una de ellas con un fulano Camacho. «El preclaro nombre de la otra, dice Amezúa, no lo ha conservado la Historia».

Siguiendo la trayectoria del ilustre académico, había que llegar a Montilla para encontrar a la Camacha prestando fe al testimonio fidedigno del propio Cervantes. Y aunque se hayan quemado los archivos de la Inquisición de Córdoba, el nombre de Camacha negrea todavía, como en los días del perro «Berganza», en los protocolos montillanos y hasta en los austeros libros parroquiales de la iglesia de Santiago, donde fué enterrada. Hubo dos Camachas, como lo pre-

sintió Amezúa, y fueron madre e hija. La madre fué Elvira García, la Camacha, que testó en Montilla el 17 de abril de 1569, ante Ambrosio Rodríguez, y otorgó su codicilo el 20 del mismo mes. Era dueña de un mesón situado en la calle de los Mesones, y de dos tiendas de carnicería en la plaza de Montilla. Estuvo casada con Alonso Ruiz Agudo y tuvo por hija a Leonor Rodríguez, la Camacha, y por nieto a Antón Gómez. Enfermó y murió en casa de su hermana Leonor García. El testamento, asesorado por el presbítero Francisco de Castro, amigo y apoderado de Garcilaso, está plagado de confesiones dogmáticas y de mandas penitenciales de misas, mucho más numerosas que las usuales, que revelan un caso de conciencia particular y excepcional. La Camacha ordena, entre otras cargas piadosas, decir treinta misas por el ánima de una persona difunta «a quien yo tengo obligación», y cincuenta misas por el «descargo» de su conciencia. A su nieto, Antón Gómez, lega una de las tiendas que tiene en la plaza, pero revoca la manda tres días después, instituyendo como única y universal heredera a su hija Leonor Rodríguez, la mencionada por Amezúa.

¿Cual de las dos Camachas fué la famosa hechicera inmortalizada por Cervantes? Cuando éste estuvo en Montilla, la Camacha había muerto hacía mucho tiempo y su leyenda era ya avasalladora. Amezúa nos dice que Leonor Rodríguez vivía en 1573, o sea dieciocho antes de que Cervantes llegase a esta villa. ¿Puede formarse leyenda tan rotunda y unánime en tan corto tiempo? Cervantes habla de la Camacha, ya como personaje legendario, intervenido y acrecido por la memoria popular y habiendo fundado escuela de hechicería, famosa, con discípulos del calibre de la Montiel y de la Cañizares, que era ya vieja, seca, arrugada y fláccida cuando «Berganza» la conoció. De la Rodríguez hay varias escrituras en los protocolos montillanos que he alcanzado a ver. En 1569, su hijo, Antón Gómez, era mejor de veinticinco años y mayor de veinte, lo que induce a colocar su nacimiento hacia 1547. La madre y el hijo compran puercos y menudos de puercos, lo que confirma su condición de carniceros. Por otra escritura de 1559, se descubre que Leonor Rodríguez, la Camacha, era mujer de Antón de Bonilla, «loco furioso». Esto hace inclinar la balanza de la hechicería a favor de la hija, aunque viviendo todavía su madre pudiera la locura del yerno ser una macabra maquinación de su diabólica suegra.

Por el poder plasmador de Cervantes, por el prestigio abracada-

brante de la Camacha y de sus discípulas, la Cañizares y la Montilla, y otras doctoras «laureadas» por la Inquisición, Montilla, que fué plantel de santos y se ufana en coplas populares con el recuerdo ascético y milagroso de San Francisco Solano, se convierte en la novela y en el arte en aula de hechicería, bastión contra el Santo Oficio y Universidad Mayor de la Nigromancia.

Raul Porras Barrenechea